

I Semana de Pascua.

Lunes de la Octava

El anuncio del ángel, y la alegría de la resurrección, vivida en la primera Iglesia

“En aquel tiempo, las mujeres partieron al instante del sepulcro con temor y gran alegría, y corrieron a dar la noticia a los discípulos. De pronto Jesús les salió al encuentro y les dijo: *Alegraos*. Ellas se acercaron, abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces Jesús les dijo: *No temáis; id y anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea: allí me verán*. Mientras ellas iban, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo sucedido. Reunidos con los ancianos, después de haberlo acordado, dieron una buena suma de dinero a los soldados con el encargo de decir: *Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos. Si esto llegara a oídos del procurador nosotros le calmaremos y cuidaremos de vuestra seguridad. Ellos tomaron el dinero y actuaron según las instrucciones recibidas. Así se divulgó este rumor entre los judíos hasta el día de hoy*” (Mateo 28,8-15).

1. En la antífona de Entrada nos preparamos para entrar en ese paraíso perdido: **«El Señor nos ha introducido en una tierra que mana leche y miel, para que tengáis en los labios la Ley del Señor. Aleluya»** (Ex 13,5-9). O bien **«El Señor ha resucitado de entre los muertos, como lo había dicho; alegrémonos y regocijémonos todos, porque reina para siempre. Aleluya»**.

Comienzan los 50 días de pascua (de ahí “Pentecostés”), y durante la primera semana leemos relatos de la resurrección. Las cartas apostólicas muestran nuestra fe, la resurrección (p.ej. 1 Cor 15,3-8 sería de la década de los treinta en Palestina, y otros textos son de la liturgia, como los famosos Fil 2, 5s, Col 3 que leíamos ayer y durante toda la pascua...). Los relatos de la resurrección son narrativos y se escribieron después con interés por saber qué pasó. Así vemos los de Emaús, una vez vueltos a Jerusalén, que fueron saludados por los once con este anuncio: **“El Señor en verdad ha resucitado y se ha aparecido a Simón”** (Lc 24,34). Sería este pasaje –cuenta Ratzinger– el más antiguo texto sobre la resurrección que ha llegado hasta nosotros. Poco a poco, van reuniendo esos textos, como **“Cristo murió según las Escrituras”**, y **“por nuestros pecados”**, que relacionan la Alianza y los profetas (como explica Jesús a los de Emaús, que convenía que él sufriera).

Pedimos en la Colecta la ampliación de esta familia que Jesús ha formado: **«Señor Dios, que por medio del bautismo haces crecer a tu**

Iglesia, dándole siempre nuevos hijos; concede a cuantos han renacido en la fuente bautismal, vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron».

La desobediencia de tomar del árbol de la ciencia del bien y del mal, es ahora obediencia, humildad y amor. Muerte que pone fin a la muerte. Vamos al texto de hoy:

-“Al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María”... Son amigas de Jesús. Han vuelto a la tumba de Jesús por amistad, como entre nosotros, después del sepelio de un ser querido suele hacerse una visita al cementerio. Son las mismas, precisamente, que en la tarde del viernes asistieron al amortajamiento (Mateo 27,55-56). No hay pues error posible sobre esta tumba. Saben ir con el amor... Sólo se ve bien con el corazón. Sólo el amor introduce en el conocimiento profundo de los seres con los que vivimos.

-“Después de haber visto al ángel del Señor, que les había dicho: "No temáis. Buscáis a Jesús, no está aquí, ha resucitado como había dicho". Se alejaron rápidamente del sepulcro... Llenas de temor... ¡Dios está ahí! Hay dos signos claros de esa presencia: "el ángel", mensajero de Dios, y el "temor", por la presencia de lo divino. Yo también quisiera dejarme aprehender por esta Presencia.

-“Y con gran gozo corrieron a comunicarlo a los discípulos”. Temor y gozo, a la vez. Primera reacción: correr... ir a llevar la noticia... Son muchos los que "corren" la mañana de Pascua. Pedro y Juan pronto también correrán para ir a ver (Juan 20,4) ¿Tengo yo ese gozo? ¿Anuncio la "gozosa nueva" de Pascua?

-“Jesús les salió al encuentro diciéndoles: Dios os salve”. O bien **“alegraos”**, según las traducciones. Ellas, acercándose, le abrazaron los pies y se postraron ante Él. Es Jesús el que toma la iniciativa. Es Él quien se presenta, quien les da los "buenos días". Es siempre tan "humano" como antes. Probablemente les sonríe. Pero ellas, manifiestamente iestán ante la majestad divina! Como derrumbadas, el rostro en tierra. Su gesto es de adoración.

“Entonces Jesús les dice: "No temáis"”. Es lo que Dios dice siempre. El temor es un sentimiento natural ante Dios. Pero Dios nos dice: **"No temáis". -"Id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea y que allí me verán”.** Jesús, netamente, envía a la misión. Si se da a conocer a algunos, no es para que nos regocijemos de ello... sino para que nos pongamos en camino hacia nuestros hermanos. **"Id a avisar a mis hermanos."** Todos estamos llamados a esa evangelización, a esa misión de anunciar la vida que nos prepara a la Vida, como seguimos pidiendo en el Ofertorio: **«Recibe, Señor, en tu bondad, las ofrendas de tu pueblo,**

para que, renovados por la fe y el bautismo, consigamos la eterna bienaventuranza».

Los guardas fueron sobornados para que dijeran una mentira, que el cadáver fue robado: es la solución que los "enemigos" han encontrado para explicar la tumba vacía... que les estorbaba. Los jefes judíos no desmienten el "hecho": le buscan otra explicación... inverosímil (Noel Quesson). Hay ahí una ironía del Evangelio, pues cómo podían testificar que tales personas robaron el cuerpo, alegando que mientras ellos dormían: si dormían, ¿cómo reconocieron a los ladrones? Mejor buscar la verdad que entretenerse con los mentirosos, pues **«Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre Él. Aleluya»** (Rom 6,9, antif. Comunión), y queremos participar de esa vida, como rezamos en la Postcomunión: **«Te pedimos, Señor, que la gracia del misterio pascual llene totalmente nuestro espíritu, para que, quienes estamos en el camino de la salvación, seamos dignos de tus beneficios».**

La alegría de la resurrección. El Señor ha resucitado de entre los muertos, como lo había dicho, alegrémonos y regocijémonos todos, porque reina para siempre. ¡Aleluya! Se suprimen en este tiempo, estos días de la Octava, los ayunos y otras mortificaciones corporales, como símbolo de esta alegría del alma y del cuerpo. "Estar alegres es una forma de dar gracias a Dios por los innumerables dones que nos hace. Con nuestra alegría hacemos mucho bien a nuestro alrededor, pues esa alegría lleva a los demás a Dios. Dar alegría será con frecuencia la mejor muestra de caridad para quienes están a nuestro lado. Muchas personas pueden encontrar a Dios en nuestro optimismo, en la sonrisa habitual, en nuestra actitud cordial. Pensemos en la alegría de la Santísima Virgen, "abierta sin reservas a la alegría de la Resurrección; sus hijos en la tierra, volviendo los ojos hacia la madre de la esperanza y madre de la gracia, la invocamos como causa de nuestra alegría" (Pablo VI).

2. Veremos en pascua el nacer de los treinta primeros años de la Iglesia, hasta el año 63 después de Jesucristo. Primero en Jerusalén. Expansión de la Iglesia hacia Samaría y Siria. Luego vemos con San Pablo que se extiende por todo el oriente Medio y Grecia. Los «hechos» de los apóstoles tienen un "actor" principal; ¡el Espíritu! Jesús viviente en su Iglesia.

Pedro, de pie en medio de los once, decía con voz fuerte: **"Escuchad... Jesús el Nazareno, el que matasteis en una cruz, Dios lo ha resucitado"**. Los acontecimientos son recientes. En una ciudad limitada como Jerusalén, se conservan en el recuerdo de todos. Debieron de ver su cadáver, colgado por los clavos en el patíbulo. Pudieron ver también el lanzazo final que abrió el corazón del condenado. Y Pedro acaba de

decirles: después de todo esto inosotros le hemos vuelto a ver! imás vivo que antes! (Noel Quesson).

3. El salmo nos habla de Jesús: «**Mi carne descansa confiada: Tú no puedes abandonar mi espíritu al abismo... No dejarás que tu Santo vea la corrupción**». Pedro, para un público de judíos, se refiere a la Biblia, cita este salmo, que comentó Juan Pablo II como "un salmo de intensa fuerza espiritual", "un cántico luminoso, con espíritu místico, como sugiere ya la profesión de fe puesta al inicio: **"Mi Señor eres tú; no hay dicha para mí fuera de ti"** (v. 2). Así pues, Dios es considerado como el único bien. El salmo 15 desarrolla dos temas, expresados mediante tres símbolos. Ante todo, el símbolo de la "heredad", término que domina los versículos 5-6. En efecto, se habla de **"lote de mi heredad, copa, suerte"**. Estas palabras se usaban para describir el don de la tierra prometida al pueblo de Israel. Ahora bien, sabemos que la única tribu que no había recibido un lote de tierra era la de los levitas, porque el Señor mismo constituía su heredad. El salmista declara precisamente: **"El señor es el lote de mi heredad. (...) Me encanta mi heredad"** (Sal 15,5-6). Así pues, da la impresión de que es un sacerdote que proclama la alegría de estar totalmente consagrado al servicio de Dios". San Agustín comenta: "El salmista no dice: "Oh Dios, dame una heredad. ¿Qué me darás como heredad?", sino que dice: **"Todo lo que tú puedes darme fuera de ti, carece de valor. Sé tú mismo mi heredad. A ti es a quien amo"**. (...) Esperar a Dios de Dios, ser colmado de Dios por Dios. Él te basta, fuera de él nada te puede bastar." La herencia es la gloria, el cielo.

El segundo tema es el de la comunión perfecta y continua con el Señor: "El salmista manifiesta su firme esperanza de ser preservado de la muerte, para permanecer en la intimidad de Dios, la cual ya no es posible en la muerte (cf. Sal 6,6; 87,6). Con todo, sus expresiones no ponen ningún límite a esta preservación; más aún, pueden entenderse en la línea de una victoria sobre la muerte que asegura la intimidad eterna con Dios".

Vemos también el símbolo del "camino": **"Me enseñarás el sendero de la vida"** (v. 11). Es el camino que lleva al "gozo pleno en la presencia" divina, a "la alegría perpetua a la derecha" del Señor. Estas palabras se adaptan perfectamente a una interpretación que ensancha la perspectiva a la esperanza de la comunión con Dios, más allá de la muerte, en la vida eterna. En este punto, es fácil intuir por qué el Nuevo Testamento asumió el salmo 15 refiriéndolo a la resurrección de Cristo. San Pedro, en su discurso de Pentecostés, cita precisamente la segunda parte de este himno con una luminosa aplicación pascual y cristológica: **"Dios resucitó a Jesús de Nazaret, librándole de los dolores de la muerte, pues no era posible que quedase bajo su dominio"** (Hch 2,24). San Pablo, durante su discurso en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, se refiere al salmo 15 en el anuncio de la Pascua de Cristo. Desde esta perspectiva, también nosotros lo

proclamamos: **"No permitirás que tu Santo experimente la corrupción. Ahora bien, David, después de haber servido en sus días a los designios de Dios, murió, se reunió con sus padres y experimentó la corrupción. En cambio, aquel a quien Dios resucitó - o sea, Jesucristo-, no experimentó la corrupción"** (Hch 13,35-37)".

Llucià Pou Sabaté